

Lugares y encuentros de Jesús

En el templo, dos mundos

Una discusión. ¿Cuántas veces la discusión deja el tiempo que encuentra? Dureza de oído, o tal vez aprovechamiento de un cierre egocéntrico y culpable. No querer escuchar no es indiferencia sino una enfermedad que separa, que crea enemistad, que lleva a tirar piedras, a moldear al enemigo. Como parte del camino espiritual, apegarnos idolátricamente a una manera mundana de ver a Dios nos impide levantar la mirada, cambiar de perspectiva, involucrarnos en el anuncio y en la vida de Jesús, como aquellos que discuten con él en el templo, que malinterpretan sus palabras o se escandalizan por ellas. Precisamente en el templo, lugar de encuentro con Dios, hay quienes obstinadamente no lo conocen, no lo reconocen en quien les habla con las palabras del Padre. De un lugar de reunión, el templo pasa a ser un lugar de conflicto. Un lugar distorsionado: en lugar de encontrarse con Dios sólo se encuentran consigo mismos, no pueden volver a levantar la mirada, por eso chocan con Jesús que no pretende discutir, sino revelar la voluntad del Padre de querer comunicar, como en el episodio de la zarza ardiente.

Invoquemos al Espíritu

*Ven, Espíritu de Dios,
ven y visita mi vida una vez más.
Ven para que no tenga miedo de estar en tu presencia.
Te pido que estés conmigo, para que yo pueda estar contigo.*

*Ven, Espíritu de vida,
para que las horas no pasen por mí
sin dejar huella.*

*Ven, Espíritu de verdad,
apoyo de quien te dice "sí" en las elecciones cotidianas
y presencia silenciosa también en quien dice "no",
dejándose involucrar en el mal o en la indiferencia.*

*Ven, Espíritu de Cristo,
ayúdanos a reconocerlo en la Palabra,
y a dejarnos guiar por el Padre.*

1. **Lectio**

Del Evangelio según Juan 8, 21-30

21 Jesús les dijo también: «Yo me voy, y ustedes me buscarán y morirán en su pecado. Adonde yo voy, ustedes no pueden ir». 22 Los judíos se preguntaban: «¿Pensará matarse para decir: «Adonde yo voy, ustedes no pueden ir»? 23 Jesús continuó: «Ustedes son de aquí abajo, yo soy de lo alto. Ustedes son de este mundo, yo no soy de este mundo. 24 Por eso les he dicho: "Ustedes morirán en sus pecados". Porque si no creen que Yo Soy, morirán en sus pecados». 25 Los judíos le preguntaron: «¿Quién eres tú?». Jesús les respondió: «Esto es precisamente lo que les estoy diciendo desde el comienzo. 26 De ustedes, tengo mucho que decir, mucho que juzgar. Pero aquel que me envió es veraz, y lo que aprendí de él es lo que digo al mundo». 27 Ellos no comprendieron que Jesús se refería al Padre. 28 Después les dijo: «Cuando ustedes hayan levantado en alto al Hijo del hombre, entonces sabrán que Yo Soy y que no hago nada por mí mismo, sino que digo lo que el Padre me enseñó. 29 El que me envió está conmigo y no me ha dejado solo, porque yo hago siempre lo que le agrada». 30 Mientras hablaba así, muchos creyeron en él.

Acerquémonos al texto.

Estamos en el capítulo 8 de Juan, en el libro de los signos (2-12), en particular del 8,1 al 8,59. Jesús discute en el templo con los fariseos (8,13), o con los judíos en general (8,22). Es la fiesta de Sukkòt (7, 1-10.21), es decir, la fiesta de las cabañas, con los ritos del agua y la luz. Precisamente en este último contexto, Jesús se declara "luz del mundo" (8,12). Acaba de evitar la lapidación de una joven y al final del capítulo intentarán apedrearlo a él (8,59). ¿De qué cosa da testimonio? ¿De que el Padre es luz? ¿Qué cosa revela? Nuestros versículos se ubican en la discusión de Jesús con los judíos que cuestionan el testimonio de sí mismo como algo no válido. Jesús les recuerda que el Padre da testimonio con él, ... sus interlocutores no conocen ni al Padre ni a él.

Desglosemos el texto

- vv. 21-22 un comienzo
- vv. 23-24 cambio de perspectiva
- vv. 25-27 ¿quién eres?
- vv. 28-29 el levantado
- v. 30 epílogo

Una partida

Jesús les "vuelve a decir". Acepta continuar la discusión. ¿Para hacer polémica? No, por un intento perseverante de denunciar y crear conciencia sobre la cerrazón del

interlocutor que sigue sin comprenderlo. El evangelista Juan utiliza a menudo la técnica de la **incomprensión**, pero sobre todo pone a Jesús en **diálogo**, es decir, lo sitúa como quien intenta tender un puente, tejer relaciones aunque lo haga desorientando al interlocutor, llevándolo un poco desprevenido ante sus ostentosas certezas. Es una manera de animar a que la discusión continúe, para sacar a relucir nuevos elementos que hagan que el interlocutor no sea pasivo, sino involucrado en el progreso de la discusión. Ya desde las primeras palabras podemos deducir que el diálogo es todo un malentendido prolongado, una tergiversación.

“Yo me voy”, dice Jesús. Donde yo voy, vosotros no podéis venir. Inmediatamente surge el malentendido: quiere suicidarse. Pero ¿adónde va Jesús? No dice “muero”, como si todo fuera a terminar en el *sheol*, sabe que revelar al Padre lo lleva a la muerte, pero sabe de dónde vino y hacia dónde va (8, 14), sabe que salió de Dios y hacia Dios va (13, 3), vino del Padre para venir al mundo y nuevamente deja el mundo y va al Padre (16, 28). Gran conciencia de la propia identidad y de su origen, pero también de su destino. ¿Pueden acaso sus interlocutores acudir al Padre si no lo reconocen, si no acogen a su mensajero (8,16.18), a su revelador, al que da testimonio? No entran en comunión, esto significa no saber. Morir en su pecado significa no poder ir más allá del fin, la comprensión de que tienen una imagen falsa y deformada de Dios, una mirada enferma, que tienen un objetivo equivocado (el pecado) del cual no pueden sanar, que miran a otro lado pero no al Dios de la vida, de la comunión, por eso permanecen en la muerte, en la soledad. Una mirada que no mira al Dios que Jesús les reveló como juicio de salvación y autor de un nuevo comienzo en la situación de muerte de la mujer que le habían traído (8,11). No miran al Dios que Jesús revela, como luz que ilumina el mundo, como Padre que entra en relación no en el templo de las piedras, sino en la conciencia de quien se deja iluminar.

Quien camina en la luz entra en la comunión (1 Juan 1, 7). Sí, necesitamos dejarnos iluminar para tener vida, porque quien sigue a Jesús tiene la luz de la vida (8,12). La luz es vida, dada por quien tiene vida en sí mismo (Jn 5,26), es su vida. Es aquello que, revelado por la luz en toda su riqueza y plenitud, es decir, encarnado en Jesús, muestra que Dios es siempre Dios, dador y custodio de la vida (como en 8,11) y que el hombre es creado para la vida, para la comunión. Jesús ilumina el sentido de la vida. Y los judíos piensan en la muerte, piensan en el suicidio, miran exactamente para otro lado, malinterpretan pensando que quien les habla es un ejecutor de la muerte, no un revelador de la vida... Un malentendido que no puede conducir a dónde va Jesús, ahí “no pueden venir”... ¿hasta cuándo?

Cambio de perspectiva

Mientras seas *de las cosas de abajo*... Ser “de” es indicación de procedencia: origen, naturaleza, forma de ser. Tú eres de las cosas de abajo, yo soy de las cosas de arriba. Así que hay puntos de vista desde perspectivas opuestas porque provienen de orígenes opuestos. ¿Cuales? Una perspectiva limitada y pequeña, de comprensión autorreferencial de las cosas, de lo bajo, frente a una perspectiva de comprensión que se abre a otra cosa, que acoge un don de revelación, que se abre. Jesús es de arriba y está en acto de revelarse. El término “de arriba” lo encontramos en el v.23, *another*, en Juan 3,3.7.31: nacer de arriba se propone a Nicodemo (3,3), implícitamente significa nacer del Espíritu (3,7.8)

abandonándose a su acción inefable que siempre precede y empuja hacia adelante. Los interlocutores judíos de Jesús son de abajo, en contraposición a una procedencia que nos libera de amarres preconcebidos y nos pone en sintonía con "el que viene de arriba" (3,31) para dar testimonio de lo que ha visto y oído (3,32). Podríamos decir que hay dos maneras de ser: la clausura en uno mismo, una existencia centrada únicamente en la propia seguridad, o la apertura a lo divino.

Otra distinción corresponde a los dos orígenes, bajo y alto: ser del mundo y no ser del mundo. Sin embargo, "tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo unigénito" (Jn 3,16). Entonces entendemos que hay dos significados de mundo en el Evangelio de Juan. El primero es un significado positivo y concierne al universo entero y a la humanidad como bondad de la creación, el otro es un significado que subraya el rechazo, la mentira arraigada. En Juan 12, 46 encontramos el acontecimiento que decide las dos filiaciones: de hecho, si Jesús vino al mundo como luz, para salvar al mundo (12,47), su palabra aceptada o rechazada, pronunciada por orden del Padre, hará el discernimiento (12,48-50). Los suyos están en el mundo (13,1), están en la creación amada por Dios, pero no son del mundo, es decir, no están del lado del no amor, del odio (15,18ss), por lo que el príncipe ya está juzgado (16, 11). Hay un mundo, el que tiene un significado negativo, el del desamor, el del rechazo, por el que Jesús no ora (17,7.11). ¿Qué significa? La oración de Jesús hace existir, es la palabra la que crea, en este sentido no puede orar para que permanezca el desamor.

Notamos que hay una advertencia que también es una esperanza: si no creéis que YO SOY moriréis en vuestros pecados. Hay futuro: "creeréis", posibilidad de no permanecer en la muerte, en la no acogida del Hijo que revela al Padre; hay una posibilidad de entrar en comunión con Dios. Del pecado (en singular del v. 21) que es la mirada falsa sobre Dios, de los pecados que de esto derivan (desamor, rechazo y mentira), existe una separación que es creer que Jesús es el YO SOY, el mismo Dios que quiso darse a conocer a Israel para sacarlos de la esclavitud. Es necesario un cambio de perspectiva.

¿Quién eres?

Un problema de identidad, una pregunta directa: "¿quién eres?" Jesús ya ha dicho de sí mismo: YO SOY (v.24). Es una referencia a la revelación de Dios a Moisés en la zarza ardiente y Jesús la hace suya haciéndose juicio, discernimiento para quienes lo escuchan, un discernimiento continuo (el verbo utilizado es tiempo presente por tanto con acción que dura) que él coloca delante de quien lo envió; dice que "él es veraz", es decir, que envió su imagen que es conforme: de hecho lo que oye, Jesús lo dice (acción duradera) al mundo. El YO SOY debe entenderse como unidad con el Padre, como su imagen perfecta. Si lo escucharan se pondrían en comunión con el Padre, con ese Dios que busca a su pueblo, que quiso revelarse a Moisés; si lo escucharan lo conocerían, entrarían en relación con él. Esa advertencia/esperanza, "si crees que YO SOY", se juega en el presente... ahora, frente a una zarza ardiente que según los Padres (Cirilo de Alejandría, Gregorio de Nisa) era imagen y profecía de Juan 1,14, de unión en Cristo de la divinidad y la humanidad, donde, si el fuego simboliza la divinidad, la zarza es la carne del Verbo.

Si crees, se juega delante de la zarza/hijo del hombre. Si el Hijo de Dios tomó un cuerpo de carne, llevándolo a la esfera divina, al Fuego, sin destruirlo, con él la totalidad

de las zarzas, la humanidad, puede entrar en Dios que arde de amor, pero no consume, no destruye... . Pero no reconocieron en las palabras de Jesús que les estaba revelando al Padre. Seguían con un camino bloqueado hacia el Padre.

El levantado

Es sorprendente ver que quien levantará al hijo del hombre, dará a sí mismo la posibilidad para finalmente reconocer que Jesús es YO SOY. La resurrección, en Juan, es a la vez predicción de la pasión, de la cruz y de la glorificación, el ser "grandemente exaltado" del Siervo de Yahvé (Is 52,13,15). Pasión y gloria están íntimamente ligadas en la elevación vista como trono de gloria (los reyes fueron llevados, elevados en el trono, en triunfo): Jesús resucitado es mediador entre el cielo y la tierra, el que puede ascender porque descendió del cielo (3.13).

En la cruz está la muerte, culminación del **descenso** en la condición humana, contemporánea a la **subida** al Padre: en Jesús resucitado, cielo y tierra, hombre y Dios están así unidos. Él está simultáneamente en la tierra (hombre en la cruz), y con el Padre (gloria) porque en él están la humanidad y la divinidad. Nos encontramos nuevamente ante el misterio de la encarnación, ante la divina humanidad de Jesús, ante otra zarza ardiente. En la elevación está la posibilidad extrema de poder saber que YO SOY, dice Jesús, de creer que él es el verdadero rostro de Dios: mirar al elevado es cambiar de perspectiva sobre Dios. De la mirada hacia abajo (mirada falsa sobre Dios) al verdadero rostro de Dios (hacia el que está arriba). Incluso en el desierto, mirar a la serpiente (3,14) nos hizo cambiar la mirada hacia Dios, creyendo en un Dios que salva de la idolatría, de la muerte causada por la mordedura de serpientes ardientes (Nm 21,6).

Cuando Jesús será levantado de la tierra atraerá a todos hacia sí (12,32), mirarán a aquel que traspasaron (19,37) como fuente para purificarse (Zac 13,1), como aquel de cuyo seno brotarán ríos de agua viva (7,38), el Espíritu, como símbolo de salvación (Sab 52,13-15).

Mirar a Jesús levantado en la cruz, su entrega a los hombres y al Padre, revela y muestra también el amor del Padre "el que me ve, ve al Padre" (14,9; 12,45), su reciprocidad de don al Hijo y, en el Hijo, a los hombres. Hay que reconocer la unidad profunda, la fidelidad profunda de Jesús que todo lo recibe, y habla de lo que recibe y oye del Padre: ser transparente significa no hacer nada por sí mismo, la profunda conciencia de no estar solo. Yo y el Padre somos uno (10,30), y hacer las cosas agradables al Padre significa no sólo unidad de sustancia, sino también de acción. Mirando al resucitado vemos al Padre, al amor por el mundo, por su gloria.

Sabrás que YO SOY es un futuro de esperanza relacionado con la resurrección de Jesús en dos sentidos.

-El primero como nueva comprensión en Jesús del YO SOY como continuidad de vida ya anunciada a Moisés (el Dios de Abraham, Isaac y Jacob). Continuidad de la vida (Dios de los vivos) que se vislumbra en la continuidad de descenso/ascenso, cruz/gloria con

el Padre, como nueva zarza ardiente símbolo de la vida que no se consume, de la vida eterna que lleva consigo toda la carne que el Padre le ha dado.

-El segundo sentido de esperanza está dado por la acción del Espíritu que brota del costado de Jesús como sobreabundancia de don, de amor mutuo del Padre y del Hijo. Esta sobreabundancia instruirá interiormente, nos hará conocer (conocimiento como comunión), nos hará entrar en el misterio del don que es la vida eterna del Padre y del Hijo.

Epílogo

Muchos creyeron. Parece un epílogo favorable, pero en los versículos que siguen, estos mismos judíos creyentes entrarán en disputa con Jesús sobre el discipulado que hace conocer la verdad y que hace libres: ellos se creen libres mientras Jesús denuncia que son esclavos del pecado... intentarán matarlo.

¿Cuántos padres hay? En el contraste oscuridad/luz, propio de Juan, destaca el contraste entre los judíos y Jesús, hijo del Padre. Los judíos parecen hijos de mentira teniendo al diablo como padre y no a Dios y a Abraham como proclaman. Los que son de Dios escuchan las palabras de Dios, las palabras de Jesús, pero no escuchan porque no son de Dios.

Este versículo 30 se vuelve emblemático en Juan para poner un resultado nunca del todo completo sobre la fe, para subrayar el dinamismo y la precariedad del conocimiento de Jesús, de la progresividad de la fe, pero sobre todo de la obstinación del rechazo.

Es necesario pasar verdaderamente de un mundo a otro con una posición consciente ante Jesús, aquí y ahora. ¿Dónde estar, por dónde empezar? ¿Desde abajo o desde arriba? ¿De un mundo o de otro? El pasaje es en el Espíritu que hace nacer de lo alto, Espíritu dado por el levantado y a quien mirar viendo al Padre, dejándose abrazar para incluirse en su comunión, viviendo así la vida eterna.

2. Meditatio

En el templo, lugar de Dios, Jesús no se niega a quienes lo cuestionan. El diálogo, el malentendido, utilizado por Juan, nos muestran que está extremadamente atento a entablar relaciones, con una pedagogía delicada que intenta, incluso bajo ataque y hasta choque, preservar una gran franqueza para conducir al conocimiento del rostro del Padre. Dios, ya no se encuentra en el templo de piedras, sino en el cuerpo de Jesús, nuevo templo que, destruido en la muerte, es reconstruido en la resurrección (Jn 2), allí se adorará a Dios en Espíritu y en Verdad.

- Un choque, dos mundos: ¿qué me diría Jesús? ¿Y cómo me posiciono en el diálogo?
- Jesús sabe de dónde viene: ¿de dónde soy yo? ¿De qué mundo?
- Jesús sabe hacia dónde va: ¿está mi mirada dispuesta a cambiar de perspectiva?

- Jesús conduce al Padre: ¿a quién intento conducir con mis palabras, a mí mismo o a Jesús?
- Jesús habla claro: ¿qué tipo de relación tengo? ¿Paciente, franca, o apresurada, ruda, con máscaras?
- Jesús es el nuevo templo: ¿quién se encuentra en mí? ¿Soy realmente un templo de Dios?

3. Oratio

Señor enaltecido, ¿cómo encontrarte?

Nuestra mirada aún no se ha vuelto hacia tí.

¿De dónde somos? ¿De abajo?

Pero has venido a atraer a todos hacia tí, ¡atráenos a nosotros!

*Estamos cansados de encerrarnos en nosotros mismos,
cansados de un sano ascenso*

del mundo del rechazo y de la mentira, de la autosuficiencia.

Sácanos de las discusiones estériles.

*Haz que adoremos al Padre en tí,
sálvanos, salvador del mundo.*

4. Contemplatio

Dejémonos atraer por el fuego de la zarza ardiente, por el YO SOY, por el resucitado, por el Hombre-Dios, por el nuevo Templo.

5. Collatio

Compartamos en espíritu de hermandad y como templos del Señor la Palabra que resuena en nosotras.